

El juguete de Hikaru

Cristina del Toro Tomás

Aquella mañana de principios de otoño Hikaru se levantó tan apático como de costumbre. Tras arreglarse y abrir una lata de comida precocinada para desayunar se colgó del hombro su mochila y abandonó el piso.

La mañana se había vestido con tonos rojizos y dorados, y una alfombra de hojas secas crujía a cada paso que daba. Al llegar a la parada del autobús pudo ver su reflejo en la marquesina. Un rostro delgado, de ojos tristes ocultos tras unas grandes gafas, piel pálida y pelo revuelto le observaba desde el otro lado. Bajó la cabeza rápidamente, pues su timidez le impedía sostener incluso su propia mirada.

El autobús no tardó en llegar, y cuarenta y cinco minutos más tarde, cruzaba la puerta principal de un inmenso rascacielos.

Hikaru era uno de los trabajadores de Furutsu Industries, una prestigiosa empresa que se dedicaba a la ingeniería biomédica. Trabajaba durante horas creando microchips que se podían instalar en el cerebro, construía prótesis para quien hubiera sufrido una amputación, e incluso creaba órganos artificiales.

Se entretenía diseñando orejas biónicas, instalando cables aquí y allá, o fabricando riñones tan perfectos como si de un Dios de la creación se tratara.

Durante un tiempo aquello había llenado por completo su existencia e ingenuamente pensó que era todo cuanto necesitaba para ser feliz. Un trabajo de diez horas diarias en el que su único contacto eran las máquinas.

Hikaru era, como muchos jóvenes de Tokio, un solitario crónico. Nunca había tenido amigos, su relación con los compañeros de trabajo era muy limitada, y le costaba establecer cualquier tipo de relación con las personas de su entorno.

Pensaba que ya tenía asumida su personalidad introvertida y asocial, pero la soledad empezaba a convertirse en una dura compañera de camino. Por primera vez en muchos años sentía que necesitaba tener alguien a su lado.

Sin embargo, su inseguridad le impedía establecer ningún contacto más allá de lo estrictamente necesario.

Salía de trabajar a las siete de la tarde, y se iba directamente a casa, cenaba y al terminar se iba directamente a la cama.

Aquella tarde, sin embargo, se paró unos instantes ante el escaparate de una librería, pues un libro había llamado su atención.

“El hombre bicentenario” leyó en la portada. El autor era Isaac Asimov, por supuesto. Era ese occidental al que consideraban uno de los grandes autores de ciencia ficción.

Leyó la contraportada y por primera vez vislumbró lo que podía ser la solución perfecta a su problema.

Se marchó de allí sin comprar el libro—algo que enojó bastante a la dueña del establecimiento—y corrió a casa.

Una vez allí comenzó a caminar por el piso, pensando frenéticamente.

De niño había tenido varios robots de juguete. Recordaba con especial cariño uno que él mismo fabricó como parte de un proyecto de ciencias, cuando solo tenía once años. Era un

prototipo muy simple, capaz de caminar mientras sus ojos brillaban con un color diferente a cada paso que daba, pero le sirvió para conseguir un sobresaliente.

Si con once años había creado aquel pequeño humanoide... ¿qué no podría hacer ahora? Ya que no era capaz de conseguir la amistad de otras personas, se fabricaría una propia. Al principio le pareció que podía ser una idea un tanto descabellada, pero cuanto más la meditaba, más le gustaba.

Se puso manos a la obra. Lo que menos tiempo le llevó fue crear el proyecto, diseñar cómo sería, parte por parte, el humanoide.

Más complicado fue llevarlo a la realidad.

Al principio Hikaru pensó en diseñarlo como uno más de esos robots asexuados que apenas tienen semejanzas con un humano. Sin embargo, según iba avanzando en su proyecto, más ambicioso se volvía.

No quería un montón de cables y metal. Quería una persona. Así pues, decidió diseñar su aspecto físico lo más exacto posible al de un ser humano.

Tras mucho meditarlo, decidió que construiría una mujer. Se dijo que sin duda era una gran idea, mucho mejor que tener a una persona de carne y hueso a su lado, pues se evitaría todos los conflictos e inconvenientes de la convivencia con una compañera tradicional. Él sería quien decidiría su aspecto físico, sus capacidades...

Sería perfecta.

Pasó muchos meses aislado en el laboratorio hasta que por fin, una calurosa tarde de junio, pudo admirar su criatura.

Tumbada frente a él, en una mesa de metal, se encontraba su mayor obra de ingeniería.

Su trabajo era tan perfecto que cualquiera podría haber confundido aquella máquina con una mujer real.

Su aspecto exterior había sido construido con silicona, llevaba incluso un esqueleto articulado de PVC, que le permitiría moverse una vez puesta en marcha.

En el selector de glóbulo ocular había escogido el color verde, pues en Japón no había muchas personas con aquel tono de ojos, todos eran castaños o negros. Una cascada de finísimo cabello azabache caía hasta su cintura.

Lo que él consideraba el mayor éxito de aquel proyecto, era que había decidido programarla para que tuviera una personalidad lo más auténtica posible, imitando al máximo la de cualquier muchacha real. Aunque evidentemente había introducido en ella una programación concreta, con habilidades y órdenes muy específicas, también se molestó en diseñar una red neuronal que se conectaba con su procesador principal. De esta manera su robot no sería una máquina que actuaba según unos criterios predeterminados, pues por así decirlo, tendría "personalidad propia".

Contrató a una empresa de transportes para que la llevaran a su domicilio.

Cuando por la mañana dejaron en su piso la inmensa caja en la que se encontraba el robot, Hikaru apenas podía dejar de temblar. Abrió el inmenso armazón de madera y sacó su criatura con sumo cuidado.

La sentó en el suelo, y tras varios minutos, decidió coger el mando con el que podría activarla. Dejó el botón de encendido varios segundos...y esperó.

Al principio se movió muy lentamente. Empezó moviendo los dedos, luego los brazos, el cuello, y las piernas. Con mucho cuidado, como una niña que se atreve a dar sus primeros pasos, se puso en pie.

Alzó los brazos y estiró teatralmente sus extremidades, como si acabara de despertar de una larga siesta. Agitó la cabeza para colocarse el cabello y sonrió con gran alegría.

-¡Buenos días! Mi nombre es Kaori, y he sido diseñada para ser su androide de compañía.

-Eeeeh...sí. Hola...yo...yo soy Hikaru...tu creador.

-¡Hikaru! Qué alegría encontrarme con el “hacedor”-los ojos del androide brillaron por fases, analizando todo cuanto había a su alrededor. Hikaru podría haberlo definido como curiosidad. Ella se acercó a la ventana- Oooh... vaya.

Hikaru vivía frente a un hermoso parque. Él no solía pasear por allí, ni tampoco le interesaba mucho la vista desde su casa, pero parecía que Kaori lo encontraba fascinante. Hikaru pensó en comprobar inmediatamente si todo había salido bien y Kaori era capaz de realizar todas las tareas para las que había sido diseñada.

-Kaori... has sido programada para realizar tareas domésticas, como cocinar. ¿Puedes preparar el desayuno?

Ella sonrió y se dirigió a la cocina.

Hikaru observó atentamente cada uno de sus movimientos, de los gestos que era capaz de mostrar. Observó su sonrisa e incluso las posturas aparentemente espontáneas que adoptaba. Era tan real que resultaba inquietante.

Al salir hacia el trabajo se despidió advirtiéndola que no saliera de casa.

Pasó todo el día distraído, pensando en Kaori, en lo bien que había salido su plan. Con ella nunca más volvería a sentirse solo.

Sin embargo, cuando regresó a casa, Hikaru se llevó su primer disgusto. La cena estaba preparada, pero Kaori no aparecía por ningún lado. Se había marchado, y él no tenía ni idea de a dónde podía haber ido.

Comenzó a sentir más y más ansiedad, no sabía si salir a buscarla, o llamar a la policía. ¿Y si alguien había entrado a robar y se había encontrado allí a su androide?

Justo cuando creía que se iba a marear de tanta angustia, se abrió la puerta del domicilio, mostrando una sonriente Kaori. Tenía el pelo enmarañado y sus ropas estaban manchadas como si hubiera estado revolcándose entre la hierba.

-¡Hikaru, buenas noches! ¿Has pasado un buen día?- se fijó en la cara del joven, y su sonrisa desapareció- Tu rostro parece contrariado.

-Dónde... ¿dónde demonios estabas?

Ella volvió a sonreír.

- Kaori ha ido a ver el parque que hay frente a nuestra casa. Allí ha jugado con un canis lupus familiaris y ha perseguido a un lepidóptero que revoloteaba sobre las flores de la familia de las asteráceas. Ha sido muy divertido.

-¡Te dije que no salieras de casa! ¡No puedes salir de aquí!

Aquello derribó completamente a Kaori. ¿Cómo que no podía salir de casa? ¿Debía pasar todo el tiempo allí encerrada, sin poder jugar con los animales del parque, ni ver otra cosa que esas cuatro paredes?

Cuando le dijo aquello mismo a Hikaru, éste la miró con desagrado.

-Eres un robot. Los robots no necesitáis nada de eso. No quiero que vuelvas a salir de aquí. Ahora, entra en suspensión. Quiero dormir.

Aquella fue la primera pelea que tuvieron, pero no fue la última. Varias noches al regresar del trabajo, se encontró con que ella no estaba. Una vez trajo una hermosa orquídea que había comprado en la floristería de la esquina. Argumentó que aquel apartamento era demasiado frío e impersonal, y la flor le daba mucha más vida. Hikaru, muy enfadado, la tiró a la basura. A él le gustaba su casa tal y como estaba.

Decidió regalarla toda una colección de libros, pues pensó que mientras se entretuviera en leer, no iría a dar paseos por la ciudad.

Fueron pasando los meses. Hikaru encontraba cada noche la cena preparada, un baño caliente, y su hermoso robot sentado en el sillón, leyendo. Ella siempre tenía algo que contar, una canción que había escuchado en la radio o un dato curioso que apareciera en sus libros.

Pero él nunca tenía tiempo para escuchar a Kaori. Pese a que al programarla había introducido en su sistema infinidad de conocimientos sobre ingeniería, medicina, física, biología, química o mecánica, para tener temas de conversación que a él le interesasen, ella se aburría hablando de todo aquello.

Cada día que pasaba, Hikaru estaba más convencido de que su androide presentaba un fallo de programación. Era prácticamente incapaz de obedecer ninguna orden sin cuestionarle. Muchas veces se entretenía cantando, dibujando, o bailando y olvidaba preparar la cena, o recoger la casa. Además, se emocionaba al escuchar a los niños en el parque e insistía en escaparse para unirse a sus juegos, y era capaz de perder horas admirando una fotografía o recitando un poema.

Hikaru, en vez de maravillarse ante estas cualidades tan humanas, en vez de celebrar que su diseño hubiera superado todas sus expectativas en cuanto a imitar las características de una persona de carne y hueso, se sentía incómodo y molesto. Se suponía que era su juguete, su mascota contra la soledad. Era su obra y le encolerizaba que no le obedeciese como tal. Si continuaba dándole tantos problemas, no tendría más remedio que formatearla y reprogramarla por completo, convirtiéndola en un autómata sin más iniciativa que la de una tostadora.

Esta idea adquirió más fuerza un día en el que Kaori se presentó muy seria a hablar con él.

-Hikaru, Kaori debe hablar contigo.

Él soltó un gruñido.

-Kaori necesita salir de aquí. Quiere viajar y ver con sus propios ojos todas esas cosas fantásticas que aparecen en los libros, esos conocimientos que tú mismo introdujiste en Kaori al crearla. El mundo no puede limitarse a este piso, o al parque de más allá. ¿Por qué no vas con Kaori de viaje?

Viajar implicaba faltar durante un tiempo a su trabajo y no había nada que le generase mayor ansiedad. Además significaba que aquel ser tan cabezota se saldría con la suya, que un estúpido robot le habría vencido, y no pensaba darle esa satisfacción.

- No vamos a ir a ninguna parte.

-¡Fuiste tú quien creó a Kaori, quien le dio la vida! ¿Y todo para qué? ¡Para mantenerla encerrada! ¿Quién salva a un pájaro de la muerte para luego encerrarlo en una jaula?

-No eres ningún pájaro, Kaori. Deja de utilizar metáforas. No fuiste programada para ello.

-¡Kaori no fue programada para esto, no fue programada para aquello! ¡Eres un completo irresponsable! ¡No puedes dar la vida a Kaori para luego desentenderte!

-No eres humana. No necesitas sentir el Sol, ni correr, ni ver las maravillas del mundo. Eres un robot. Frío. Sin sentimientos. Sin ambiciones. Tus inquietudes no son más que el resultado de un programa defectuoso. Yo te creé, para que fueras mi mascota, para que me hicieras compañía, no para que corretees de aquí para allá-hizo una pausa.-Es evidente que hay algún problema en ti, cometí algún error al programarte. Quizás no debí dotarte de tanta iniciativa, no debí incluir patrones de comportamiento tan complejos en tu base de datos. Mañana te llevaré al laboratorio. Te abriré y te volveré a programar. No volverás a necesitar nada más que lo que yo te ordene.

Kaori se horrorizó al escuchar aquello. ¡Su creador, por el que siempre había sentido una inmensa gratitud pensaba desarmarla y anularla por completo! Debía escapar de allí.

Llevaba por un arranque de ira, se acercó a la puerta de la calle y la abrió con violencia.

-Kaori se marcha para siempre, Hikaru.

Sin embargo, justo cuando atravesó el umbral de la puerta, su cuerpo se giró y regresó de forma automática al piso.

Miró horrorizada a su alrededor.

-¿Qué...qué sucede?

Hikaru rió con malicia.

-¡Te lo he dicho mil veces! ¡Eres una maldita máquina! Estás programada para no abandonarme nunca. No puedes desobedecer esa orden ¿entiendes? Eres mi maldito juguete, ¡Nunca podrás huir! ¡Nunca!

Si Kaori hubiera podido llorar, habría pasado la noche en vela, angustiada por el destino que le había tocado vivir. Sin embargo tuvo que conformarse con lanzar continuos lamentos al aire, hasta que Hikaru, cansado, la hizo entrar en suspensión.

Horas más tarde, cuando el joven dormía profundamente, Kaori abrió los ojos. Se levantó lentamente del sofá, y se dirigió a la puerta de la calle. No era una mujer humana, y estaba sujeta a ciertas limitaciones, eso había quedado claro. Pero también había quedado claro que no era un robot como cualquier otro, ella podía sentir, quería vivir en libertad, y sabía cómo hacerlo sin desobedecer la orden de su creador.

Fue el sonido de la puerta al abrirse lo que despertó a Hikaru.

“Maldito robot” pensó resentido. “¿No estaba desconectado?”

Se incorporó y ante él vio la esbelta figura de Kaori. Estaba de espaldas a la luz, por lo que únicamente podía distinguir su sombra y el verde intenso de sus ojos. Un objeto alargado y de aspecto pesado colgaba de su mano derecha. Caminó lentamente hacia él.

Hikaru gritó aterrado, y lo último que vino a su cabeza antes de que ésta se desprendiera de su cuerpo, fue aquel autómatas con el que una vez consiguió un sobresaliente en la escuela...

Horas más tarde, una joven que se tapaba el rostro con unas grandes gafas de Sol y un sombrero de ala ancha se sentaba tranquilamente en el compartimento vacío de un tren. Como equipaje, únicamente llevaba un bolsito con sus baterías y una pequeña nevera portátil. Cuando el tren se puso en marcha Kaori abrió la nevera.

Los ojos de Hikaru se encontraban abiertos de par en par, y su rostro mostraba una expresión de auténtico pánico.

-Ahora hemos ganado los dos, Hikaru-sonrió el robot a la cabeza del que fuera su creador- soy libre, y tú siempre podrás estar a mi lado.